

Alvarez-Mirabeau

Del «Extracto oficial de la sesión celebrada el miércoles 4 de julio de 1923» en el Congreso de los Diputados, bajo la presidencia del excelentísimo señor don Melquiades Alvarez, tomamos un incidente. Hablaba, entre frecuentes y no muy pertinentes interrupciones de la presidencia, el diputado republicano señor Companys, y dijo: «Decía, y vuelvo a repetir, que después del desastre de Annual el país os hubiera debido barrer a todos, y con vosotros al rey.» Entre paréntesis trae aquí el «Extracto» una de esas aco-taciones grotescas, así: «(Grandes protestas en toda la Cámara.)» Y sigue: «El señor presidente: Señor Companys, su señoría no puede pre- valerse de la inviolabilidad del dipu- tado para cometer un delito, y el presidente, por consiguiente, dice a su señoría que tiene que retirar esa palabra, o la retirará la Cámara con la censura para su señoría. (Muy bien; grandes aplausos.) Llamo al orden a su señoría por primera vez.»

¿Qué delito se comete diciendo que después del desastre de Annual el país habría debido barrer a todos los políticos del régimen y con ellos al rey? Como no somos, como el señor Alvarez es, legistas, no se nos alcanza el tal delito. Nos parece lo que dijo el señor Companys una aprecia- ción histórico-crítica, todo lo discu- tible que se quiera, pero no delictiva.

Desde que preside el Congreso don Melquiades parece poner empe- ño en distinguirse del señor Sánchez Guerra, que cuando lo presidía acentuaba con la campanilla los ata- ques a la realza, con gran regocijo del actual presidente. Y se compren- de el cuidado de éste. Como se com- prende que rechazara, según se ha dicho, ciertas ofertas que fueron a hacerle ciertos jefes de la milicia. El más elemental sentimiento de la leal- tad se lo prescribe.

El papel que está haciendo don Melquiades Alvarez se parece mucho al que Mirabeau, el gran tribuno, hizo a principios de la Revolución francesa, cuando quiso salvar la di- nastía borbónica en Francia y hacer de Luis XVI un monarca constitu- cional a la inglesa. Mirabeau murió antes que, el 21 de septiembre de 1792, se proclamara la República en Francia, a lo que siguió, el 21 de enero de 1793, el suplicio por razón de Estado—torpísima razón y desdi-

chado suplicio — del bueno de Luis XVI, que si fué un mal rey, fué un inocente y santo varón que se en- grandeció con su innmerceda muerte.

El señor Alvarez, que sin duda conoce la historia de la Revolución francesa, se habrá preguntado más de una vez qué hubiera sucedido si Mirabeau vive unos pocos años más. ¡Cualquiera lo sabe!... Acaso habría logrado encauzar el huracán—cosa difícil—y salvar, si no la Monarquía, al menos a Luis Capeto; acaso ha- bría perecido también en el cadalso. ¡Quién lo sabe!... Lo seguro es que las galernas, los ciclones, tienen también sus leyes, lo mismo que el turno de las estaciones del año. Y hasta los terremotos han de tenerlas, y hay una ciencia sismográfica. Por- que eso que los conservadores lla- man el desorden suele ser otro or- den. Y hasta la anarquía es una ar- quía.

No censuraremos el celo monár- quico del señor Alvarez; pero su ac- ción tiene que ser doble, como fué la de Mirabeau. Y, por cierto, éste lo- graba más con el pueblo que no con la corte. La «austriaca», como lla- maban a María Antonieta, le era hos- til; aquella pobre reina, «sacrificada —dice Sorel—hasta el cadalso por la implacable ley de las princesas de su casa: «¡Austria nubes!».

Si; más de una vez ha debido flo- tar ante los ojos interiores de don Melquiades, aterrado, y con razón, a la vista del espectro del Terror, de Danton, de Marat, de Robespierre, después de Napoleón, el fantasma de Mirabeau. ¿Habría Mirabeau evi- tado Robespierre? ¡Pesquisa inútil!

Le hemos oído a un diputado con- formista decir que ellos son los gi- rondinos. ¡Ojo, pues, con la leyenda! La Historia hace Historia. La His- toria es, en gran parte, obra de su- gestión. Pensando lo que hicieron nuestros antecesores hacemos lo que pensarán nuestros sucesores. Porque el pensar es un hacer, y el hacer es un pensar. *Mens agit mo- lem*, dice el dicho, y hay un pensa- miento inmanente hasta en el huracán.

¿Qué promesas, qué garantías ha- brá recibido nuestro Alvarez-Mira- beau? No lo sabemos. Ni acaso lo sepan los jefes políticos de los seño- res marqués de Cortina y Francos Rodríguez, ministros que fueron del Ministerio del Tapujo.

